

## Pedro Salinas: Salutación y Exegesis

Estas palabras reiteran el homenaje público de los aplausos que ha recibido aquí Pedro Salinas. No sin emoción hemos vuelto a la presencia física de este gran poeta de la eterna España, transcurridos algunos años de que nos fuera dado el deleite intelectual de escuchar, en Washington, su palabra transida de poesía y de talento, que brota de una prodigiosa amalgama de dominio de la lengua y de pensamiento vivo. Recordamos cómo allí, en la capital de la Unión, que en su andanza de español peregrino es con Baltimore, su centro de actividad intelectual, una noche de febrero de 1942, reunidos en un club señorial en los alrededores de la Casa Blanca, conversamos sobre el Perú largas horas. Hacían círculo hombres de letras, amigos, funcionarios gentiles de la División de Relaciones Culturales del Departamento de Estado. Hablamos sobre poesía del Perú y de América, trocamos frases estimativas, y como en un haz de encantamiento para el viajero nostálgico que por primera vez se alejaba del Perú, Salinas volcó su conocimiento profundo de César Vallejo, su donosa intuición de otros poetas del Perú como José María Eguren, Martín Adán o Xavier Abril, o el dominio de nuestros clásicos y modernos como Garcilaso de la Vega y Ricardo Palma. Tal ambiente de persuasión en el centro ruidoso de la atildada Washington, lo hizo posible la cordial amplitud de Pedro Salinas, la generosidad de su espíritu universal, su talento sin par de catador de poesía, su intuición crítica y su emoción inmensa de poeta singular.

### El Poeta

Cuando en el Perú, alrededor de 1926, radiaba en toda su intensidad, la estridencia de los poetas llamados "de vanguardia", cuando resonaban aquí un tanto retrasados los gritos disonantes del dadaísmo francés y del ultraísmo español, comenzaron a llegar de España, en medio del tumulto de pirotecnias y de ingeniosas elucubraciones, las voces atem-

peradas de un llamado al orden poético. Provenían esas voces de la nueva generación española, sucesora del ultraísmo, que han marcado "el apogeo de la poesía pura" en España. Las recogía, desde Europa, nuestro César Vallejo. Por primera vez los nombres de Rafael Alberti, de Jorge Guillén, de Federico García Lorca, de Pedro Salinas tuvieron significado para nosotros. Representaron esos nombres el retorno a la eterna huella de los grandes poetas anteriores de la literatura española, a la forma límpida, no a la forma de los preceptistas vacíos, a la idea poética pura que ha florecido en todos los tiempos y no a la hojarasca ríspida de los rapsodas. Lorca demostró que la nueva poesía era captable por cualquier lector no iniciado y que no sólo constituía el patrimonio de cenáculos o capillas. Alberti y Guillén significaron que sin anécdota, sin alusiones y sin nombres, cabía la expresión simple y pura del paisaje. De Salinas solamente se conocía hasta ese momento la prosa de su **Víspera del gozo** (1926). Poco más tarde, alrededor del 30, se difundieron sus poemas de **Seguro Azar** (1929). Y luego, en sucesión —en libros y a través de "Revista de Occidente"— fué llegando toda su poesía anterior y posterior. La edición reciente de su **Poesía junta** (1942) nos ha revelado su poesía inicial de **Presagios** (1923), la de **Fábula y signo** (1931), y los libros últimos: **La voz a tí debida** (1933) y **Razón de amor** (1936).

Se ha hablado y discutido sobre las influencias que obran sobre la poesía de Salinas: Valery, Proust, Gabriel Miró, Juan Ramón Jiménez. Pero acaso no interesa tanto revelar a veces más por químicos procesos que no por espiritual agudeza, los influjos, a saber, lo ajeno, lo prestado, que todo poeta integra. Lo que más interesa, lo que es vital para la estimativa y la crítica estética de un poeta o de un escritor, es lo que el creador tiene de suyo, de íntimo, de personal. Las influencias responden a la ley humana de la imitación; son inevitables y sólo en cierta medida y en tiempo maduro, reprobables. Se ha gastado mucha tinta, muchas páginas y muchas horas estériles, desde el siglo XVIII, en estudiar y descubrir "las influencias" de todos los poetas de la humanidad, pero relativamente se ha hecho muy poco en descubrir la esencia misma de esos poetas, su peculiaridad estructural y su ser mismo.

Por eso, queremos ahora, muy brevemente, definir algunos aspectos de la poesía de Salinas y juzgarlo con recursos parecidos a los que él mismo utiliza, como crítico, frente a los grandes poetas españoles. Se ha dicho ya que la poesía de Salinas "arranca del **pensar** y del **vivir** antes que del **sentir**" y que realiza "el juego lírico e intelectual de recrear la realidad dentro del ser mismo del poeta". Su poesía tendería así a resolver el conflicto que él cree ver en todos los grandes poetas de Espa-

ña: la oposición entre la realidad exterior y la imaginación del poeta, que aspira a edificar una realidad más durable y menos contingente. La poesía de Salinas tiene un matiz filosófico, un contorno culto. Su misma definición de la poesía como "una aventura hacia el absoluto", es aplicable a su propia obra, de una manera cabal. Su nota profunda es, como diría Leo Spitzer, un "conceptismo interior", compatible sin embargo con un agudo sentido de las realidades. Pero ese despierto y cauteloso acogimiento del mundo exterior muestra su gradación, sus vaivenes. Oscila entre la aprehensión de la realidad y la omisión de la misma realidad. En el poema "Vocación" de **Seguro Azar** es muy clara esta actitud:

Cerrar los ojos. Y ver  
incompletos, temblorosos,  
de será o de no será,  
—masas torpes, planos sordos—  
sin luz, sin gracia, sin orden  
un mundo sin acabar,  
necesitado, llamándome  
a mí o a tí, o a cualquiera  
que ponga lo que le falta,  
que le dé la perfección.  
En aquella tarde clara,  
en aquel mundo sin tacha,  
escogí  
el otro.  
Cerré los ojos.

Así el poeta vacila primero entre su mundo interior y la realidad, para después cerrar los ojos y quedarse —colmado de belleza— con el suyo.

En **La voz a tí debida**, se encuentran estos otros versos:

¡Qué cuerpos, leves, sutiles,  
hay, sin color,  
Tan vagos como las sombras,  
que no se pueden besar  
si no es poniendo los labios  
en el aire, contra algo  
que pasa y que se parece!  
¿Y qué sombras tan morenas  
hay, tan duras

que su oscuro mármol frío  
jamás se nos rendirá  
de pasión entre los brazos!

¡Y qué trajín, ir, venir,  
con el amor en volandas,  
de los cuerpos a las sombras,  
de lo imposible a los labios,  
sin parar, sin saber nunca  
si es el alma de carne o sombra  
de cuerpo lo que besamos,  
si es algo! ¡Temblando  
de dar cariño a la nada!

El conflicto es ahora entre el cuerpo —realidad— y la sombra —idealidad— entre lo palpable y lo impalpable. La oscilación del impulso del poeta va del uno a la otra, hasta la perplejidad de no lograr distinguir entre la realidad y el alma confundidas.

Esta voz poética noble y alta ha trascendido —con la de los poetas de su grupo— en el Perú. Poetas nuestros de esta modalidad deben mucho a las nuevas generaciones españolas, y particularmente a Salinas, tal vez por lo que significa en sí, tal vez por lo que representa como continuador de la huella profunda y directa de Garcilaso, de Juan de la Cruz, de Gongora, de Bécquer. Enseñaron que su modernidad era compatible con la restitución del ordenamiento rítmico y formal del poema, con el retorno sereno a los recónditos secretos de la vieja poesía española, con la depurada enunciación del tema.

### El Maestro

Hay una frase de Salinas dicha en una conferencia sustentada en la Universidad de Puerto Rico, hace tres años, que expresa cabalmente, a nuestro entender, la actitud de Salinas como crítico y como maestro de literatura: "Entiendo que enseñar literatura es otra cosa que exponer la sucesión histórica y las circunstancias exteriores de las obras literarias: enseñar literatura ha sido siempre para mí, buscar en las palabras de un autor la palpitación psíquica que me las entrega encendidas a través de los siglos: el espíritu en su letra". Así dijo Salinas y así lo hemos visto realizado, en esta tribuna, en su estudio de la expresión amorosa del Garcilaso de las Eglogas, en el examen de las metáforas de tres

grandes poetas clásicos de España, en la búsqueda de los secretos del verbo eterno de Cervantes. Eso mismo, esa persecución del espíritu en la maraña del vocablo, ese buceo en la raigambre psíquica de la palabra, realizado con sensibilidad y gracia de poeta y con autoridad y sabiduría de hombre culto, dirige casi toda su producción de profesor y de crítico.

Requeriría estudio detenido y minucioso, muy lejos del propósito de esta salutación jubilosa, la consagración ejemplar de Pedro Salinas como maestro insigne de la lengua y de la literatura españolas desde hace muchos años, primero en La Sorbona, luego en Sevilla y en Cambridge y, finalmente, en John Hopkins. Estudios, ensayos y artículos dispersos en las revistas de esta especialidad han sido parcialmente reunidos en **Literatura española - siglo XX**, (editado por Séneca, en México, 1941); un ciclo de conferencias sobre poesía española, dictadas bajo el patrocinio de la Turnbull Foundation, conformaron un libro exquisito sobre **Reality and the poet in spanish poetry** (La realidad y el poeta en la poesía española, Baltimore, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1940). Salinas dirigió, además, en Madrid, de 1932 a 1936, un revista crítica "Índice literario", publicación del Centro de Estudios Históricos, archivo viviente de la literatura contemporánea de España. Puso en romance moderno el Poema del Cid, en la edición lanzada por Revista de Occidente (en 1926, que recogió Losada en 1940, en Buenos Aires). Prologó y anotó las poesías de Juan Meléndez Valdés (en las Ediciones de La Lectura en 1925, Madrid). Igualmente preparó y condujo con ejemplar cuidado las ediciones de las poesías de San Juan de la Cruz (en 1936, Ed. Signo, Madrid) y la de "Maravilla del Mundo" de Fray Luis de Granada, (el mismo año y en la misma editorial). Alfredo de Musset y Marcel Proust le deben las traducciones hispánicas respectivas de sus comedias y de sus novelas. Ante nuestros ojos deslumbrados de estudiantes, se abrieron después de 1922, las páginas lentas y geniales de **A la sombra de las muchachas en flor** que fueron para la generación peruana de esa época, la revelación de un nuevo mundo literario y que nos condujeron por los pasadizos insospechados del recuerdo artístico en la mente del novelista de nueva sensibilidad, desconocidos aún el Thomas Mann de **Zauberberg**, el James Joyce de **Ulisses** y **Work in progress**, el Huxley de **Contrapunto**. La cuidadosa versión de Salinas hizo el milagro de que pudiéramos saborear la prosa dilecta y morosa del novelista del "tiempo reencontrado", con sus silencios y con sus vibraciones, con sus claroscuros y sus sugerencias, en una expresión correspondiente y adecuada de nuestra lengua. Lectores fervorosos y, por fortuna me-

nos apresurados que hoy, los universitarios de 1927 leímos también la accesible y encantadora versión, con suaves retoques de modernidad expresiva, que nos brindó Salinas del manuscrito de Pero Abad. Aunque no fuera sino por ésto, nuestra cultura literaria tendría que rendirle el homenaje de la gratitud debida a quienes, en el plano del auxilio eficaz de los medios (traducciones, ediciones, prólogos, métodos y orientaciones), proveen, con desinterés y amplitud, a la directa adquisición de la cultura.

### El Crítico

Deriva de Guillermo Dilthey la nueva actitud de la crítica frente al problema de la poesía y el hombre. Todo estudio de la literatura no puede apartarse hoy del criterio de que la obra literaria es la expresión típica de la "vivencia" humana. Pero para captar esa expresión de la vida y el concepto cósmico de un autor, no basta ya esa "óptica monumental" de que nos habla Ortega, que tradicionalmente se ha venido aplicando a las grandes figuras de la obra literaria. No es bastante circular en torno del poeta o enfocarlo desde fuera, como quien admira el broncíneo contorno de una escultura recordatoria. Es preciso desentrañar la figura y tratarla "desde dentro", como propugnaba para Goethe el gran filósofo español. A ese objetivo se han encaminado en estos tiempos, avisados talentos de la filosofía y de la crítica como Herbert Cysarz, Julius Petersen, Karl Vossler y otros creadores de la moderna historiografía literaria, inspirados en la posición espiritual e integralista de Guillermo Dilthey. Cuando Dilthey publicó en 1905, su famoso libro "**Das Erlebnis und die Dichtung**", puede decirse que cambió el rumbo del criticismo literario. El mero enfocamiento histórico y positivista cedió el terreno a la consideración de los valores estéticos y culturales en la estimativa crítica de la obra poética. La crítica y la historia literaria, dejando de lado los sistemas de conocimiento científico del siglo XIX, tomó el rango de una ciencia cultural. El crítico debía ser dotado de una especial capacidad, al propio tiempo intuitiva y lógica, para sorprender, en el estilo, en el giro, en la palabra, —auxiliado con los datos del ambiente y de la biografía externa— el ser mismo, la personalidad edificante del creador y por este conocimiento, hallar finalmente la explicación de la obra. Y así decía Dilthey: "La fantasía poética y su relación con la materia de la realidad vivida y de la tradición, con lo creado por poetas anteriores, las formas fundamentales propias de esta imaginación creadora y de las obras poéticas que brotan de esa relación: he aquí el centro de toda la historia de la literatura".

La formación cultural, tan europea, de Salinas crítico y profesor de literatura, explica su estrecha afinidad con este sentido nuevo en la investigación literaria, que inaugura una suerte de "libre examen" estético de los textos. Sus ensayos sobre el modernismo en España, sobre el concepto de generación literaria aplicado a la del 98, sobre el signo de la literatura española del siglo XX, sobre el cisne y el buho en la poesía modernista, los temas de las conferencias que hemos escuchado en esta sala, comparten de este método que consiste en captar, por la intuición poética y por el razonamiento culto, la obra literaria "desde dentro".

Un libro de crítica literaria, publicado solamente en su versión inglesa, bajo los auspicios generosos de una fundación norteamericana, **Reality and the poet in spanish poetry** desarrolla en 6 capítulos que fueron en su origen otras tantas conferencias, la concepción de la realidad, el conflicto entre la vida y el mundo exterior, en diversos poetas españoles, desde el anónimo autor del Poema del Cid hasta el romántico Espronceda. Cree ver Salinas en el primero, en el cantar del Cid, que el mundo circundante se reproduce en toda su ingenua rudeza y simplicidad. Entonces poetizar era reproducir, elementalmente y sin alteración. Para Jorge Manrique y Calderón de la Barca, la realidad se acepta como un objetivo transitorio y el mundo circundante es el camino para lograr un mundo más alto y perdurable. En Garcilaso, la realidad se idealiza, se vuelve estilo y poesía. En San Juan de la Cruz y Fray Luis de León, la realidad se elude por el poeta o se escapa del poeta. El místico la traspone verticalmente hacia "un mundo divino". En Góngora, el mundo exterior es el sujeto mismo de su creación poética, pero completamente exaltado y transformado por la imaginación y la fantasía, aunque respetando su sustancia material. Finalmente, Espronceda significa la desesperada y romántica rebelión contra la realidad, hecha imposible toda resignada espera.

Este libro de ágil y notable comentario crítico —un tanto menospreciado injustamente por su autor— demuestra cómo a través de distintas épocas, "la poesía española ha encontrado para el problema insuperable del conflicto entre los dos mundos, el real y el poético, una serie de soluciones, a cuál más hermosa". Y aparece realizado también el punto de vista diltheyano, en admirable coincidencia: "La poesía es representación y expresión de la vida. Expresa la vivencia y representa la realidad externa de la vida".

Por ese sentido nuevo de la valuación estética y espiritual, la obra crítica de Salinas está adquiriendo una resonancia activa en nuestros días.

La ha de tener muy notable entre nosotros, en el ámbito universitario de los estudios de literatura, y ha de constituir iluminación fecunda en ignorados talentos o en dormidas vocaciones y advertencia eficaz en investigadores desorientados.

---

Con la enunciación de dos palabras españolas, muy gratas a Salinas, quisiéramos traducir el pensamiento íntimo y sensible de los que recibimos hoy a Salinas en este claustro de la universidad peruana. Estas palabras son: **víspera y gozo.**

Hasta ahora, y antecediendo a su visita, y desde los años iluminados de sus trabajos en el Centro de Estudios Históricos de Menéndez Pidal y de sus colaboraciones asíduas en la "Revista de Occidente" de José Ortega y Gasset —dos maestros insignes que han dado categoría altísima al pensamiento hispánico y han afirmado la auténtica raíz española en la gleba universal—, hemos celebrado las vísperas y el presagio de este encuentro y de la comunión espiritual de estos momentos, en la lectura de los poemas, de los ensayos y de los libros de quien como Salinas, es maestro y poeta. Pero hoy, en este homenaje frente a frente, en que la persona y la obra se aúnan en la presencia directa, experimentamos el gozo, la alegría fecunda de escuchar su palabra, la maravillada sutileza de esas palabras suyas que adquieren el brillo y el sortilegio del verbo de los clásicos. Acaso no sea una exageración afirmar que Salinas, vendida para él y ganada para nosotros, su corta estada en el Perú, nos deja renovados espiritualmente, afinados y afirmados en nuestra concepción de la poesía y de la cultura.

ESTUARDO NUÑEZ